

---

## CAPITULO XXIX.

### ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE ITALIA.

En los últimos tiempos ha debido Italia su resurreccion á las grandes simpatías que despertara en toda Europa, no sólo por su antigua historia, sino por haber sido como la nueva Grecia, que ha cincelado en la historia moderna las artes plásticas. Ninguna de las naciones tan bella. Estendida entre el mundo oriental y el mundo occidental europeo; bordada por el Mediterráneo que parece hermosearse al besar con sus espumas estas escultóricas costas; ceñida al Norte por los Alpes, que le envían desde sus cristalinas urnas de hielo fecundantes rios de flores y de frutos; poblada con un museo de templos, de estatuas, de cuadros, que en-

señarán eternamente á los artistas las inspiraciones del génio y los escritos de la fama;alzada sobre un pedestal de antiguas ruinas que la envuelven, como la divinidad de la hermosura, en nubes de poesía; con su historia gloriosísima, que ha dominado el mundo, primero por sus Cónsules, despues por sus Césares y últimamente por sus Papas; con sus legiones de genios que la rodean como un coro de ángeles; con su música inspirada y tierna que endulza todos los dolores y despierta todos los encantos del alma; con sus ciudades que parecen misteriosas musas apoyadas sobre aras de mármol; con todos sus prestigios, Italia se ha atraído la admiracion del mundo, y la admiracion del mundo ha roto sus cadenas, yendo hasta los pueblos extranjeros á morir por ella como si fueran á una fiesta, seguros de recoger los laureles de la inmortalidad en su bendito suelo consagrado por la gloria. Pero en Italia no se desmiente la ley más pasmosa de la naturaleza; la ley de la relacion entre las aptitudes y los destinos de los pueblos. En el mundo animal cada sér tiene órganos en proporcion con el ministerio que han de desempeñar en la creacion. Y en el mundo

moral no se pueden tener ciertas facultades, ciertas aptitudes, sino á costa de otras facultades y otras aptitudes. Italia tiene la inspiracion de las artes, pero no tiene el cálculo de la economia. Esta nacion es como los poetas, muy poco sabedora de los medios de procurarse dinero, y cuando se lo ha procurado muy poco apta para guardarlo. Así es, que el don de la inspiracion no lo posee sino á costa del don del cálculo. ¿Cómo sucede esto? Preguntádselo á la naturaleza, que no ha querido dar al ruiseñor el vuelo y la fuerza del águila. Los nervios de los grandes artistas son como las cuerdas de las arpas, vibrantes y frágiles. La poética Italia, á pesar de las riquezas allegadas con la desamortizacion, se encuentra económicamente muy pobre y muy atrasada. Yo comprendo bien que habiendo tenido en pocos años dos guerras, y un ejército numeroso en frente del amenazador cuadrilátero, y una herencia de las múltiples deudas legadas por las provincias que se le han anexionado, y la necesidad de gravosos empréstitos, se halle arruinada y empobrecida, porque no se pueden alcanzar los bienes últimamente alcanzados por Italia, los bienes de arrojar los ex-

tranjeros y los tiranuelos, sino á costa de grandes sacrificios. Pero fuerza es decir que está muy mal administrada y económicamente muy mal regida. La red de sus impuestos me parece pesadísima y confusa, el número de ellos extraordinario, la percepción gravosa. Y ya algunos de ellos decretados, no se perciben ó se retiran, como el impuesto sobre la riqueza móvil. El mismo que ahora se discute, el impuesto sobre el *macinato*, sobre la molienda, que diríamos nosotros, me parece un impuesto altamente impopular, porque devora materialmente el pan del pobre. Como decia con razon uno de los primeros pensadores de Italia: hoy poneis contribucion sobre el trigo cuando está sembrado, sobre el trigo cuando está molido. ¿Quién nos asegura que mañana no pondreis una contribucion sobre el trigo cuando lo estamos mascando? Además, el Gobierno muestra tendencias muy perjudiciales á la libertad italiana; desconfianza de los partidos avanzados que fueron los emancipadores; ataques á la libertad de pensamiento y á la libertad de enseñanza; complacencias serviles con Francia y con Roma, con esa Roma que tiene dividida á Italia, con esa Roma que

es como aguda espina clavada en el corazon de la nacionalidad italiana. Todo esto explica los disturbios últimamente ocurridos en Bolonia y el descontento general de la península. Hasta en política exterior no sabe qué hacer el Gobierno italiano, incierto entre Francia que le ha conquistado la Lombardia y Prusia que le ha conquistado el Véneto. El matrimonio del príncipe real es muy popular, porque su esposa pertenece á la casa de Saboya; pero es muy impopular ese cúmulo de ceremonias bizantinas y de fiestas feudales con que se ha rodeado una córte en tal acto, como si la córte de Italia quisiera olvidar que representa solamente la soberanía del país y que debe solamente su origen á un plebiscito. En cambio, me parece que las promesas meridionales se hallan definitivamente unidas á la causa de la libertad, y que en medio de la apariencia de ligereza que da á todos sus hijos el carácter indolente y la rara locuacidad que son ya en el mundo proverbiales, hay grande culto á la patria italiana, cuya formacion ha sido el milagro de nuestro tiempo.

potestades civiles á todos los Estados láicos,  
no por lo misterioso, que obliga á todas las  
un carácter, no tan temible por lo fuerte, co-  
el Papa ha tomado una autoridad extraña,  
la malhadada declaración de la infalibilidad  
El canciller del Imperio sostiene que desde  
Papa en la triste hora de su destronamiento.  
de la revolución y dejar abandonado al  
de clamar contra los imperios que han sali-  
candente. Los diputados católicos no dejan  
la cuestión religiosa es allí una cuestión  
estas, pero también las mismas dificultades.  
ción del Imperio germánico las mismas ven-  
sis al par de grandes ventajas, y la funda-  
la guerra ha suscitado dificultades á Pru-

---

### CAPÍTULO XXX.

#### EL IMPERIO Y EL PONTIFICADO.

La guerra ha suscitado dificultades á Pru-  
sia al par de grandes ventajas, y la funda-  
ción del Imperio germánico las mismas ven-  
tajas, pero también las mismas dificultades.  
La cuestión religiosa es allí una cuestión  
candente. Los diputados católicos no dejan  
de clamar contra los imperios que han sali-  
do de la revolución y dejan abandonado al  
Papa en la triste hora de su destronamiento.  
El canciller del Imperio sostiene que desde  
la malhadada declaración de la infalibilidad  
el Papa ha tomado una autoridad extraña,  
un carácter, no tan temible por lo fuerte, co-  
mo por lo misterioso, que obliga á todas las  
potestades civiles, á todos los Estados láicos,

si no quieren reproducir espectáculos dignos de la Edad media y sembrar anacrónicas guerras religiosas, á precaverse contra la irrupcion de ese poder que mueve ejércitos de sacerdotes y enjambres de fieles, sin abandonar nunca el criterio ambicioso de los grandes Papas, ni aprender en la experiencia la imposibilidad de un dominio eminente sobre todas las potestades de la tierra. Y esto es verdad. La declaracion de la autoridad infalible del Papa ha sido una de las mayores demencias que podian trastornar la Iglesia en el presente siglo. Cuando el Concilio Vaticano acababa de cometer grande atentado á la razon; cuando el eco de sus soberbias palabras aún corria por los aires; cuando de un mortal, siquiera ejerza altísima autoridad, imitando las tristes apoteosis ofrecidas por la adulacion á los antiguos Césares, se hacia un Dios, y á este Dios se le entregaba la facultad suprema de ser sin apelacion el oráculo único de la verdad religiosa y moral, debian todos los poderes precaverse contra ese poder extraño, que solo tiene semejantes allá en los imperios de Asia. Y para enseñanza del mundo, ese poder perdía todas las señales externas de su fuerza, todo el brillo de

su autoridad terrena, la misma Roma, el número eterno de sus inspiraciones, el título principal de su dignidad en el momento mismo en que se declaraba sobrehumano é infalible. Bismarck no deja un punto de combatir las tendencias ultramontanas con estas reflexiones tan tristes para su eclipsada causa. Pero los católicos á su vez no se desconciertan y dirigen al canceller las siguientes soberbias palabras, que á la letra copio de *La Germania*, uno de los primeros órganos del partido católico en Berlin:

«No se equivoquen allá en Wilhemstrasse. Si se quiere la lucha con los católicos, ni los fusiles aguja, ni los fusiles Werder producirán súbitas victorias. Provocarése, al contrario, una resistencia que hubiera sido ventajoso evitar. Los católicos no intentarán una revolucion, pero á medida que sean oprimidos, se perderá fuerza contra la gran potencia, que amenaza aprovecharse de todas las dificultades y de todas las contrariedades de Prusia. Veráse entonces que el Imperio aleman no es tan fuerte como se dice.»

El Imperio aleman es fuerte contra la reaccion, fuerte contra las evocaciones de la Edad media, fuerte contra las tramas teo-

cráticas que quieren petrificar la conciencia humana, fuerte contra ese poder inmenso, que ha postrado á los débiles pueblos capaces de obedecer á sus conjuros y de creer en sus sortilegios; por lo que el Imperio aleman puede aparecer débil es por su empeño de resucitar otro ideal antiguo, tan muerto hoy como el ideal que hemos dejado extinguirse en el polvo de las ruinas de Roma.

El Papa ha reunido hace pocos dias el Colegio de cardenales en el Vaticano, su inmenso palacio, que se ha empeñado en llamar su estrecho calabozo. Las palabras del Papa rebotaban una amargura infinita. El hielo del desengaño, más frio aún que el hielo de la muerte, caía sobre su corazón aterido y desolado. No hay, decía, en toda Europa, ni en toda la tierra un poder que nos tienda la mano. Todos, todos nos han abandonado á nuestra soledad y á nuestro desamparo. Los reyes no se acuerdan de que la cruz remata sus coronas. La autoridad civil no sabe que se extinguirá en cuanto le falte el calor de la autoridad religiosa. Nos hemos dirigido á todas partes y hemos encontrado pésames, pero no auxilios. Hemos llamado á las puertas de todos los Estados y

han permanecido cerradas al representante de Dios vivo sobre este oscuro y mísero planeta. La grande iniquidad se consuma. El Gobierno italiano se instala en nuestros palacios. Victor Manuel le sigue y se corona rey de Italia en la cima del Capitolio. Los embajadores de las grandes potencias le acompañan. Y mientras tanto el justo, como Cristo en la cruz, devora la hiel y el vinagre que le ofrece su mismo pueblo, desconociéndole y desacatándole sin fé y sin misericordia.

Habrán sido otras las palabras del Papa. Mas no desconozcais que ha sido ese su pensamiento. Si interrogara la historia; si volviera con espíritu menos soberbio y más humano sus páginas; si oyese el crecimiento de todas las conciencias; si siguiera el curso de las revoluciones al través del tiempo y del espacio; si contemplara desinteresadamente la renovacion de esta sociedad por el trabajo, por la industria, por la ciencia, veria que los poderes políticos le abandonan, porque le ha abandonado un elemento más poderoso, una fuerza invisible, pero omnipotente; porque le ha abandonado ese principio á que todos voluntaria ó involuntariamente obe-

decemos, porque le ha abandonado el espíritu del siglo.

Los reaccionarios de toda Europa no quieren convencerse de tan sencilla verdad. En Italia se inventan las más extrañas consejas. Dicen unos que el Rey repugna ir á Roma, porque una gitana le anunció, siendo niño, que moriría en el Quirinal. Así la última noche trascurrida en este palacio la ha pasado en un sillón. Dicen otros que el rey de Prusia tiene una hija paralítica hace muchos años. El alma de la madre de Francisco II, ex-rey de Nápoles, princesa canonizada últimamente por el Papa, se le apareció y le dijo: «anda, anda.» La princesa anduvo, contando á todo el palacio y á su padre aquel gran milagro. Desde entonces Guillermo el Conquistador ha ofrecido reponer en el trono de Nápoles á Francisco II, y en el trono de Roma á Pio IX. Pero mientras el pueblo piadoso y católico se mece en estas consejas, el Rey entra en Roma, los ministros se instalan en sus respectivos palacios, Florencia cede su corona de capital, la voz de la prensa libre resuena en el Capitolio, el Código civil se proclama allí donde naciera la libertad civil, la intolerancia re-

ligiosa pierde su último inmortal seguro, el espíritu del siglo anima las ruinas, y las excomuniones se pierden como un fantasma de otros tiempos en esta maravillosa trasfiguración de la sociedad.

---

## CAPITULO XXXI.

### ESTADO DE EUROPA EN LA PRIMAVERA DEL SESENTA Y OCHO.

Resumamos las noticias europeas en la última quincena. Sea cualquiera el sentido que se da á la manifestacion de los trabajadores catalanes, ya se proclame como quieren unos su tendencia socialista, ya como quieren otros neo-católicos encaminada á un poder que se trabajara en una de las fiestas últimamente abolidas, no indica por eso menos el profundo malestar que reina en España. Bien es verdad que el malestar, aunque por otras causas, pareceme general en Europa. Si no tuviéramos otros motivos de zozobra que esa amenaza permanente de guerra que sobre todos pesa, bastaria para sostener



la intranquilidad en los ánimos. Tres personas solamente saben el secreto de los proyectos del emperador de Francia: su primo el príncipe Napoleón, su antiguo ministro Mr. de La Vallette, su amigo de siempre el mariscal Niel. A este debemos, según voz general, que la guerra no haya estallado en la primavera. El grande espectáculo de una nueva carnicería de naciones, se reserva para el otoño, en que las escuadras del Norte comenzarán á sentir los impedimentos de hielo. Se dice que todo está pronto para el encuentro tan tremendo. Se supone que el viaje del príncipe de Prusia á Florencia no tiene sólo por objeto asistir á las fiestas del casamiento del príncipe Humberto, sino estrechar la alianza entre ambas naciones, ofreciendo á Italia el remate de su unidad con la adquisición de Roma. Lo cierto es que diariamente se tocan las consecuencias desastrosas que para la nacionalidad italiana tiene el gravísimo estado de Roma. Ese cuerpo muerto no puede estar mucho tiempo en las entrañas de un país sin corromperlas y cancerarlas. Roma se interpone como un muro infranqueable entre el Mediodía y el Norte de Italia. Su régimen es de tal mane-

ra extraño que, á no verlo, parecería imposible. Si lo pareciera la ausencia de toda vida civil, la condenación de todo derecho político, el silencio de todo pensamiento, la falta de toda policía y hasta la muerte de toda esperanza en una ciudad que parece compuesta de sepulcros y habitada por sombras. Y el Imperio francés ha puesto sobre los arcos de triunfo romanos, ese terrible jamás que desespera á Italia, cuyos partidos todos están conformes en que Italia no puede permanecer sin capital, y en que esta capital forzosamente ha de ser Roma por la magnificencia de sus monumentos y por el prestigio de sus recuerdos, por las ventajas de sus posiciones entre el Norte y el Mediodía de la Península. Además limpiando á Roma del gobierno teocrático, sin herir en nada los derechos espirituales que el Papa tiene sobre la conciencia de aquellos que profesan la religión católica; limpiando, decía, á Roma del gobierno teocrático, acabárase con un horrible centro de conspiraciones absolutistas y con un ejército extranjero alledor, que amenaza siempre en el Mediodía las conquistas de la libertad y que impide el remate dichoso de la independencia de toda

Italia. La misma religion ganaria mucho. Triste espectáculo el de estos últimos dias, cuando Roma se ha iluminado espléndidamente por las victorias politicas del Papa, ver al jefe de todos los católicos ir bajo los arcos de triunfo á celebrar las discordias de sus hijos. Yo recuerdo que en la guerra de la independencia italiana, en la justisima guerra contra el Austria en 1848, Pio IX no quiso bendecir las banderas y los ejércitos italianos, que le pedian su bendicion de rodillas, porque los dos contendientes eran católicos. En aquel momento Pio IX fué Pontífice, aunque dejó de ser rey, porque demostró que su ministerio religioso le impedia defender su patria. Ahora, celebrando las victorias de unos católicos, la muerte de otros, Pio IX ha sido rey, pero ha dejado de ser Pontífice. ¿Y qué decir de su gobierno, que acaba de condenar á muerte varios de los insurrectos de Mentana, cuando se llama representante del Dios de la caridad y de la vida, del Dios del Evangelio? Esto no puede continuar así. Naturalmente, en las eventualidades de una guerra entre Francia y Prusia, Italia alcanzará Roma, como en el choque entre Prusia y Austria, Italia alcan-

zó Venecia. La guerra de las dos naciones parece inevitable, aunque aplazada. Los excesivos armamentos lo demostrarian, si no lo demostrasen otros síntomas. La infinidad de cañones que montan Prusia y Francia en sus fronteras, son bocas abiertas para indicar la guerra, como el bostezo indica el hambre ó el sueño. La acogida dispensada en Italia al príncipe de Prusia y al príncipe Napoleon, prueba bien que las simpatías italianas están por la alianza con Alemania. Mientras el príncipe Napoleon ha sido friamente acogido, el príncipe de Prusia ha encontrado en toda la grave Italia del Norte demostraciones que han venido á mostrarle con evidencia, cuán unida se halla la suerte de la unidad alemana á la suerte de la unidad italiana. Indigna ver que la espada de los Bonapartes, plebeyos levantados al trono en alas de la revolucion, traza la línea del Tíber á las nobles aspiraciones nacionales de Italia, y la línea de Mein á las nobles aspiraciones nacionales de Alemania, tan solo para sostener un equilibrio europeo á la usanza de los tiempos de Luis XIV, en que era un dogma de política cortesana y absolutista mantener en la debilidad y en el

aislamiento á los vecinos. Napoleón ha herido todas las susceptibilidades de Europa y América, no como el primero, con su gloria, sino con su astucia. Ha herido desde Rusia hasta los Estados-Unidos, sin más fin que arrogarse una prepotencia funesta para halagar el orgullo francés. Y ahora se extraña de que todo el mundo se arme contra esa prepotencia, que es una amenaza para el mundo. La tierra no puede estar de rodillas ante Francia. La aclama, la respeta cuando Francia se constituye desde el Sinaí de la revolución en la legisladora de la libertad; pero no la aclama, no la respeta cuando, sobrecogida de un desmayo incomprensible, se entrega en la oscuridad y en el silencio á los caprichos de un hombre. Si quiere ser Francia la primera de las naciones, tiene un medio muy sencillo, tirar su espada y proclamar la libertad. El mundo moral, más dilatado que todos los espacios, sería su conquista. Pero ahora todo su porvenir es una guerra universal.

Bien es verdad que hay en Europa miles de cuestiones las cuales provocan esa guerra que tanta sangre va á costarnos. Entre estas, ninguna tan viva, tan ame-

nazadora como la cuestión de Oriente. Los pueblos griegos de un lado y los eslavos danubianos de otro, cercan al Imperio turco, sobre el cual se extiende además como una inmensa guadaña el sable de Rusia. El Austria veleidada, expulsada de Alemania, despojada de la Lombardía y el Véneto, sin recursos, porque los devora todos su inmenso ejército, próxima á la bancarrota, con una irrisoria tutela nominal sobre Hungría, con una inmensa batalla política entre el poder ejecutivo y el poder legislativo, que se semeja mucho á los primeros días de la revolución francesa; el Austria desea compensaciones en Oriente. Y entre los pueblos orientales ninguno ha merecido tanto las simpatías de la Europa occidental como la Rumania. De suerte que desde Oriente á Occidente se ve por todas partes relampaguear la guerra y surgir espesas nubes de sangre.